



Editorial

Manuel Hernández Vázquez

Si es cierto como señalan la mayoría de los analistas a nivel internacional, que estamos inmersos en la “cuarta revolución industrial”, es importante dar a conocer, lo antes posible a la opinión pública sus causas y sus efectos, principalmente en lo que concierne no sólo al trabajo, sino también al concepto del ocio moderno y a otras alternativas que se abren, como puede ser la conciliación familiar o las actividades sociocomunitarias, relacionadas con la cooperación.

La crisis económica mundial, de la que estamos saliendo, ha puesto en evidencia no solo las debilidades del sistema político económico y social actual, sino también la falta de control de las grandes multinacionales por parte de los estados, provocando entre otras cosas, la evasión fiscal, la deslocalización de las empresas y el aumento de la desigualdad social, debido principalmente al mal reparto de la riqueza que se ha incrementado de forma ostensible en los últimos años; también, la implantación de lo que algunos expertos denominan revolución tecnológica, que está cambiando el mundo tal como ahora lo conocemos, con la robotización, que sustituye puestos de trabajo de baja cualificación por máquinas, la aparición de la inteligencia artificial, los nuevos materiales, Internet, las ciudades inteligentes, las energías alternativas, un nuevo sistema monetario, el coche autónomo, los drones y las impresoras 3D.

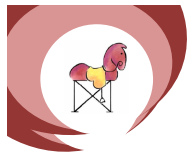
Nick Srnicek y Alex Williams, profesores de la Universidad de Londres, señalan en su obra (*Inventando el futuro: postcapitalismo y un mundo sin trabajo*, Verso, 2016), que los cuatro pasos que la sociedad debe dar para beneficiarse de la cuarta revolución industrial, son la automatización de la mayor parte de los empleos, la reducción de la jornada laboral, la instauración de una renta básica universal a cargo del Estado y la eliminación de la idea del trabajo como pieza esencial en la realización personal del individuo. Yo añadiría un paso más relacionado con los valores desde el punto de vista del ocio y del desarrollo humano. Nos vienen a decir que la robotización llevará consigo, no solo la pérdida de millones de puestos de trabajo, sino también el incremento de la producción empresarial, hecho que permitirá por un lado, reducir la jornada laboral sin tener que bajar los salarios y por otro sufragar un salario básico universal para todos los ciudadanos, de forma que cada persona



podría decidir si quiere trabajar o no. Esta situación, según estos autores, provocaría la reducción en la demanda de los empleos.

Elizabeth Garbee, investigadora de la Universidad de Arizona, señala que en el juego del desarrollo tecnológico siempre hay perdedores, señalando que la situación que más le preocupa es la de los valores. La astrofísica nos está señalando que la tecnología por sí sola no es virtuosa, a no ser que se utilice para la mejora de la condición humana a través de una redistribución de la riqueza y de un sistema fiscal adecuado, donde se trasvase parte de esa riqueza de los ganadores a los perdedores, porque no todo el mundo encontrará con el cambio un puesto de trabajo, de ahí que el Estado deba promover políticas que los protejan, frente a la desigualdad social.

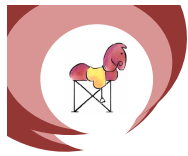
Gracias a esta situación nueva en la historia de la humanidad y que aún sólo se da en algunos países, los ciudadanos pueden elegir libremente la forma de cubrir su tiempo libre y empezar a pensar que lo más importante de su vida no es precisamente su tiempo de trabajo, sino su tiempo libre, dedicado a actividades ociosas libremente elegidas. En este sentido es bueno recordar la hipótesis de Racionero (1983), de cara a la sociedad postindustrial: a las tres revoluciones tecnológicas del mundo, agrícola, urbana e industrial, siguen con retraso multiseccular tres revoluciones ideológicas: copernicana en 1500 -el mundo no es el centro del universo-, darwiniana en 1850 -el hombre no es el centro del mundo-, y freudiana en 1900 -la razón no es el centro del hombre-. En las últimas décadas el proceso se acelera y el autor se pregunta: ¿Qué revolución ideológica corresponderá a esta cuarta revolución tecnológica?. Su hipótesis, es que debe tratarse de una revolución cultural, es decir, un cambio radical en los valores y pautas de comportamiento que estructuran el modo de vida de la sociedad, valores que defiendan la calidad de vida, un estado fuerte capaz de mantener un sistema fiscal apropiado, la descentralización espacial y tecnológica y el ocio recreativo. La solución que nos da Racionero, parte de la abolición de los valores bárbaros que configuran el Estado Moderno Industrial, sustituyéndolos por una nueva escala de valores basados en las tradiciones humanistas del Mediterráneo, la India y China. Adoptando una escala de valores humanista y civilizada, el estado natural del ciudadano es el del ocio creativo y recreativo, con unas jornadas de trabajo al año para cubrir el servicio social necesario que no pueden realizar las máquinas. El trabajo será lo residual; lo fundamental el ocio y la población



inactiva. Del Taoísmo chino, podemos recoger como herencia una ética ecológica respetuosa con la naturaleza, basada en una metafísica de integración panteísta con ella. De la India el trabajo interior o yoga que refina la inteligencia y la sensibilidad, llegando a un estado de ánimo donde lo material es secundario y prevalecen finalidades de orden espiritual o mental. Del Mediterráneo, la tradición griega aporta el talante de diálogo racional entre individuos tolerantes y el hombre universal de la ciudad-Estado a escala humana; del cristianismo, el valor de fraternidad que viene del amor al prójimo, en un marco jurídico de igualdad ante la ley.

El problema que se plantea en estos momentos, es que de la misma forma que se prepara a las personas para el trabajo, debemos formarlas para que cubran el tiempo libre disponible, con actividades ociosas libremente elegidas. Pues está ocurriendo que los ciudadanos que empiezan a disfrutar de su tiempo libre, no saben cómo hacer para cubrir su tiempo de ocio, debido a que la cultura dominante no ha pensado en ello por considerarlo innecesario. La solución en nuestro país, sería introducir en los programas escolares un tiempo de formación para el ocio, dirigido por profesores especializados. De esta forma, el 50 % del tiempo en la escuela se dedicaría para formar para el trabajo y el otro 50 % para formarse para la vida, es decir, para que las generaciones futuras sepan qué actividades ociosas pueden elegir durante el tiempo que queda una vez cubiertas, según nos señala Munné en su obra *Psicosociología del tiempo libre* (1992), de sus obligaciones laborales, sociales y familiares.

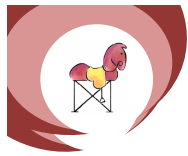
Actualmente el concepto de ocio tiende, en muchos casos, a confundirse con el concepto de tiempo libre. El punto de vista más acorde con la realidad que estamos viviendo actualmente es aquel que nos da Munné, señalando que no hay una dualidad entre trabajo y tiempo libre, sino que existen otros tiempos, distintos al tiempo libre y al trabajo. Por un lado, tenemos el concepto del trabajo; de ningún modo podemos definir todo el trabajo de la manera tradicional, dentro de un horario obligado y recibiendo a cambio una remuneración. Existen otras muchas formas de realizar trabajos, remunerados o no, que nunca se pueden definir como actividades ociosas. Por ejemplo, el trabajo doméstico, sea limpiando la casa o arreglando algún desperfecto casero, o el tiempo dedicado para la formación o los trabajos de voluntariado. Por lo tanto, podemos decir que el tiempo de trabajo o tiempo socioeconómico, como lo llama Munné no es un



tiempo que esté limitado solamente al trabajo tradicional, dentro de un horario y recibiendo a cambio un salario, sino que el concepto es mucho más amplio y abarca otras situaciones, situaciones que hay que definir, no como tiempo libre, sino también como tiempo de trabajo. El trabajo es un tiempo obligado, remunerado o no, cuyo objetivo es producir bienes y servicios útiles y necesarios para la sociedad, para la familia o para uno mismo.

El tiempo que dedicamos a cubrir nuestras necesidades biológicas, es un tiempo que tampoco lo podemos considerar como tiempo libre ya que también está impulsado por conductas necesarias, que no dependen de nosotros mismos. No es un tiempo del que podamos prescindir de él, es un tiempo obligado que no depende de uno mismo, y sin embargo, ocupa una gran parte de nuestro tiempo diario, pudiendo en algunos casos reducirlo pero nunca suprimirlo. El tiempo sociocultural, es una de las novedades que nos presenta Munné a la hora de clasificar el tiempo humano. Es un tiempo comunitario, donde la obligatoriedad y la voluntariedad, andan de forma pareja. Existen situaciones donde la participación es obligada, como ir a votar o cuidar a los hijos y otras que se hacen de forma voluntaria, como asistir a un mitin político o a una función religiosa. Lo cierto es que estas actividades tampoco las podemos considerar como actividades ociosas, ya que están condicionadas por la obligatoriedad. Por último, tenemos el tiempo que queda después del trabajo y de cubrir todas las necesidades y obligaciones cotidianas del tipo que sean. Es un tiempo donde el hombre queda absolutamente libre de todas sus ocupaciones y necesidades más o menos obligatorias y por tanto, todas las actividades que realiza durante el mismo, son actividades donde lo que domina es el autocondicionamiento. Es el tiempo libre que nos señala Munné, y que en su caso se identifica totalmente con el concepto ocio, tal como lo define Dumazedier.

Si pudiéramos contemplar la vida humana en los inicios del despegue cultural, la conclusión sería que nuestra especie estaba destinada al igualitarismo. Que un día el mundo iba a verse dividido en caciques y plebeyos, amos y esclavos, ricos y pobres, nos habría parecido algo contrario a la naturaleza humana, a juzgar por el estado de cosas imperantes en las sociedades humanas, que por aquel entonces poblaban la tierra. Desde que



las sociedades humanas quedan divididas y jerarquizadas en distintas clases sociales, el ocio queda restringido solamente a las clases dirigentes, mientras que el trabajo rutinario queda en manos de los demás.

Por primera vez, desde los inicios del despegue cultural de la Humanidad, los seres humanos vamos a disponer de mucho más tiempo libre y para este nuevo tiempo que se abre, con la automatización de la mayor parte de los empleos, la reducción de la jornada laboral, la instauración de una renta básica universal a cargo del Estado y la eliminación de la idea del trabajo, como pieza esencial y obligatoria, habrá que establecer una serie de medidas, empezando por introducir en el sistema educativo, los medios necesarios para formar a las futuras generaciones para el trabajo, pero también para que puedan cubrir, no solo su tiempo libre con actividades ociosas, sino también transmitir valores como la conciliación familiar o las actividades sociocomunitarias, relacionadas con la cooperación y el Tercer Sector.